

ARTE Y SIMBOLISMO EN LOS TORTEROS MANTEÑOS

Carme Fauria
Universidad de Barcelona

El País

Los antiguos manteños ocupaban parte de las actuales provincias de Manabí y Guayas, bordeando la costa del Ecuador desde Bahía de Caráquez por el norte hasta el golfo de Guayaquil y la isla de Puná por el sur. Sus dominios se detenían por el este en la cadena de pequeñas colinas que con una altura máxima de 600m. sobre el nivel del mar, corre paralela al Pacífico. Entre el océano, con el que lindaban por el oeste, y los cerros se encuentra una franja de 100 a 150 km. de ancho, dentro de la cual se desarrolló esta cultura.

Tres islas situadas cerca de la costa tuvieron gran importancia en épocas prehispánicas. En pleno golfo de Guayaquil, la isla de Puná, situada frente a la desembocadura del Guayas. Fue sede de un cacicazgo importante, comparable al huancavilca o al manteño, con quienes después de múltiples enfrentamientos habría llegado a un acuerdo pacífico o, posiblemente a una integración de los isleños con el grupo sur.

De dimensiones más reducidas, al mediodía de Manabí se halla la isla de Salango, situada frente a la población del mismo nombre. Esta isla fue usada tradicionalmente como centro ceremonial, a lo largo de diferentes ocupaciones culturales.

Finalmente, a unos 45 km. de Puerto López y un poco más al norte de la anterior, se encuentra la isla de La Plata, básicamente utilizada en el período manteño como lugar de pesca y manufactura de la concha *Spondylus*, aunque en épocas anteriores había sido sede de un adoratorio.

El clima de esta zona se halla sometido a la corriente fría de Humboldt que se bifurca más allá de cabo Blanco, dirigiéndose la rama principal hacia el noroeste y pasando en su recorrido por las islas Galápagos, mientras que la secundaria, de unas cien millas de ancho, sigue en dirección sur-norte hacia cabo Pasado. Su temperatura se halla alrededor de los 23^o centígrados e influye en el clima y la vegetación de la costa de Manabí (Wolf, 1892: 18).

Las precipitaciones pluviales de esta zona son variables, entre 250 y 500 mm. anuales. La corriente de Humboldt provoca constantes vientos hacia el interior, a consecuencia de los cuales hay un nivel medio de altura de las nubes superior al normal que dificulta la lluvia. La época húmeda va de diciembre a mayo. Mientras dura, la atmósfera permanece caliente y, por lo general, es clara. En la temporada seca es frecuente una constante capa de nubes. Durante la noche refresca el ambiente, produciéndose una inversión de la corriente de aire frío, resultando de ello una llovizna llamada garúa, que moja levemente la superficie del suelo y pocas veces se convierte en cantidad medible.

Ya en 1960 Emilio Estrada hablaba con gran preocupación de los efectos perjudiciales de la deforestación en la zona, que precipita la desertificación progresiva hacia el norte de toda la costa. En los últimos años han disminuído progresivamente las precipitaciones lluviosas, sobre todo en los lugares boscosos cercanos al mar (Estrada, 1962: 14). En la actualidad una poderosa industria maderera contribuye en gran manera a acentuar estos problemas.

Debido a las escasas lluvias y a las altas temperaturas ambientales, los ríos de Manabí y Guayas están bastante secos, a veces totalmente, durante una buena parte del año.

Los manteños tuvieron un clima semejante, tal vez ligeramente más húmedo, por lo que se vieron obligados a grandes esfuerzos para superar las dificultades de tipo ambiental que limitaban enormemente sus posibilidades agrícolas. Encontraron soluciones escalonando terrazas en las laderas de los cerros para aprovechar al máximo la humedad que se acumula en ellas durante las últimas horas de la noche, excavando pozos de gran profundidad y reteniendo la escasa cantidad de agua transportada por los ríos mediante el sistema de presas. Y recurrieron a sus dioses para completar el efecto de sus trabajos dirigidos a asegurar las cosechas.

Contrastando con la sequía general de toda esta zona que albergó al grupo manteño, sus límites norte y sur fueron grandes y caudalosos ríos: el Chone, que desemboca en Bahía de Caráquez y el Daule y el Babahoyo, que se unen formando el Guayas poco antes de llegar al mar en el golfo de Guayaquil.

Durante la época húmeda la tierra se cubre de arbustos, cactus y gramíneas. En cuanto termina, la vegetación se reseca con rapidez, tomando una coloración gris ceniza a lo largo de amplias extensiones, con los grandes ceibos de formas humanoides dominando el paisaje.

En las bajas colinas interiores, el suelo negro y arcilloso llamado "regur" es muy adecuado para el cultivo del algodón, plantas oleaginosas y fibras aptas para el tejido, siempre que se pueda disponer de agua suficiente. En los

valles del Chone y del Charapotó, sus suelos de origen aluvial son muy favorables para el cultivo del algodón, bananos, maíz, frutas cítricas, caña de azúcar y pastos (Estrada, 1962: 14).

Muy característicos de la región costera son los manglares, oasis verdes en medio de la gris vegetación circundante, que crecen en zonas pantanosas muy cerca del mar y cuya única utilidad práctica para el hombre, debido a las filtraciones salinas, es la explotación comercial de la madera de mangle.

Los manteños. Ubicación temporal

La última época en la que se desarrollaron las culturas autóctonas en el área andina se conoce como período de Integración. Las fases más recientes entraron ya en contacto con los españoles y la cultura manteña es una de ellas.

Hay un progreso notable respecto a las culturas precedentes de la misma zona. Tras unos comienzos difíciles, aumentó la población y los hombres aprendieron cada vez más a utilizar la naturaleza a su favor, modificando el medio ambiente para mejorarlo.

A causa de problemas o intereses comunes, durante esta época algunos pueblos se unieron entre sí, formando confederaciones para empresas tales como la guerra o la mejor explotación de los recursos económicos. Los manteños se unieron a sus vecinos del sur, los huancavilcas, y a los isleños de Puna a fin de rechazar el empuje del imperio incaico por un lado y de obtener mejores beneficios comerciales por otro, formando lo que Jijón bautizó como "Confederación de Mercaderes" (Jijón, 1952: 87).

También surgieron centros urbanos y de culto, potenciándose todas las artes suntuarias. La religión era politeísta y dominaba la vida de los hombres de manera absoluta. La máxima autoridad religiosa debió ser al mismo tiempo la máxima autoridad civil y el sacerdocio la clase dominante, estratificada en multitud de rangos.

En la costa ecuatoriana hay tres tradiciones de gran importancia durante toda la época prehispánica: la alfarería, el comercio y la navegación.

Ya en el primer Formativo, hace unos cinco mil años, los hombres de Valdivia alcanzaron los conocimientos necesarios para la elaboración de una cerámica técnicamente buena, con una adecuada mezcla de la pasta, cocción correcta y decoración de tipo geométrico-abstracto que supone una agilidad y precisión considerables.¹ Lo reciente de sus conocimientos se hace eviden-

1. La cerámica de Valdivia presenta una notable diferencia técnica respecto a otros intentos ubicados más o menos en la misma época. La de Puerto Hormiga (Colombia), fechada por C14 en 2925 años a. J. evidencia notables dificultades para encontrar un buen desengrasante y los resultados son vasijas de paredes porosas y pasta débil. En Achallán y San Pedro (Península de Santa Elena), en el mismo Ecuador, encontramos cerámica anterior a Valdivia y de fabricación más tosca. Seguimos ignorando el foco de origen para la cerámica americana.

te en los cuencos y ollas de gruesas paredes, algunos de los cuales presentan perforaciones que debieron servir para sujetar las partes rotas de la vasija con pequeñas sogas, tal como se venía haciendo con los mates hasta aquel mismo momento (Arte Precolombino del Ecuador, 1976, pp. 68-69). En cambio, eran más hábiles e imaginativos en la fabricación de las Venus, pequeñas figuras femeninas orientadas claramente hacia ritos relacionados con la fertilidad.

Entre el 1800 y el 1500 a. de JC, en la misma zona geográfica, la cultura Machalilla diseñó el asa estribo, que con el tiempo se convertiría en uno de los elementos más característicos de las formas cerámicas andinas, gracias a su difusión por rutas comerciales de la sierra hacia grupos evolucionados del sur.

Ya desde la cultura Chorrera, de datación imprecisa entre el 1500 y el 500 a. de JC, tenemos pruebas de contactos marítimos con mesoamérica, que de manera más o menos intensa se repetirán durante toda la época prehispánica.

Los manteños fueron sabios receptores de este legado ancestral. Sus principales actividades se centraron en la navegación, que potenció enormemente el comercio extraterritorial y a largas distancias y, por último, en la producción de cerámica, testimonio a su vez de múltiples facetas de la vida cotidiana de este pueblo.

Se afianzaron en la costa de Manabí más o menos alrededor del siglo X. Gente comerciante y marinera, mantuvo constantes contactos con el área central andina y con mesoamérica. Perfeccionaron la construcción de grandes balsas, consiguiendo elevadas garantías de seguridad y en este campo cimentaron una tradición que perduraría en la costa ecuatoriana hasta bien entrado el siglo XIX.

De las condiciones maríneas de sus balsas tenemos referencias directas a través de Bartolomé Ruiz, piloto de Pizarro, y de sus compañeros de expedición, quienes en su avance hacia el sur en 1527 quedaron impresionados ante el encuentro en aguas del Pacífico de una embarcación de grandes proporciones y vela cuadrada de algodón. Transportaba unos 20 hombres y una gran variedad de mercancías, entre las que destacaban los tejidos. Es así como indirectamente, a través de los cronistas o de la cerámica, conocemos de la producción textil de los manteños:

"... este navío que digo que tomo tenya al parecer de cavida de asta treynta toneles era hecho por el plan e quilla de unas cañas tan gruesas como postes ligados con soga de una que dizen henequen que es como cáñamo... trayan muchas piezas de plata y oro para el adorno de sus personas para hacer rescate con aquellas con quyen yban a contratar en que yntervenian coronas y diademas y cintos y puñetes y armaduras como de piernas y petos y tenaquelas y cascabeles y sartas y maços de quantas y rosecleres y espejos goarnecidos de la dicha plata y taças y otras vasijas para veber trayan muchas mantas de lana y de algodón y camisas y aljulas y alcaceres y otras muchas ropas, todo lo más dello labrado de labores muy ricas, de colo-

res de graña y carmesy y hazul y hamarillo y de todas otras colores de diversas maneras de labores e figuras de aves y animales y pescados y arboledas..."²

Los Torteros y sus símbolos

Arqueológicamente la importancia del arte textil se manifiesta por la infinita cantidad de torteros encontrados, sobre todo en una zona muy definida cerca del actual Puerto Viejo. A estos objetos se les llama de muchas maneras: pepas de huso, pesos para hilar, fusayolas... Se utilizan habitualmente colocados en el extremo de la aguja de hilar, a fin de fijar el hilo que se va formando. Para cumplir esta función precisan tener un peso determinado y la perforación central de un diámetro adecuado.

Seguramente la importancia que tuvo el tejido en esta sociedad hizo que en algún momento de su historia los torteros pasaran a ser elementos ligados al culto y de carácter sagrado. A partir de aquí la producción se dividió. Siguió elaborando torteros de uso cotidiano, pero apareció otro tipo de tamaño sensiblemente inferior y excelentemente trabajados. Es evidente que nunca fueron utilizados, tanto por su poco peso como por la limpieza de su perforación central, que no presenta desgaste alguno.

En ellos se representa una gran variedad de fauna, estilizaciones de tipo geométrico de elementos naturales y personajes antropomorfos, siempre de diseño muy cuidado y cuyo estilo oscila entre el naturalismo y la abstracción más absoluta.

Suelen encontrarse como ofrendas funerarias, pero al mismo tiempo son materializaciones del principio vital que permite la procreación de los seres y la permanencia del mundo. Joannes Wilbert relaciona casi todos los diseños con la fertilidad y cree que estos objetos encierran en sí el eterno dualismo entre la vida y la muerte, de gran importancia y variadas manifestaciones en el desarrollo de muchos pueblos de la América prehispánica (Wilbert, 1974: 33).

Los dibujos se efectuaban mediante incisiones en el barro fresco con un punzón. En el caso de los motivos geométricos o zoomorfos suelen ser elementos que se suceden en forma de cenefa alrededor del tortero. Las zonas vaciadas se rellenaban a veces con arcilla blanca, lo que da al conjunto un efecto estético muy especial. El color varía entre el marrón claro y el negro, aunque son más abundantes los de tonalidades oscuras.

La representación de la figura humana en los torteros manteños es reducida. Cuando se da, reproduce escenas de la vida cotidiana o escenas eróticas, éstas últimas muy raras. Pero, sobre todo, muestra imágenes de sacer-

2. Relación de Sámano-Xerez. 1527. Biblioteca Peruana, Lima, 1968. pp. 10-11.

dots-guerreros ataviados de forma ritual, con máscaras diversas y bastones de mando.

En el complejo mundo religioso de los manteños, la simbología estuvo presente como medio de comunicación, especie de lenguaje común que era conocido a la vez por el pueblo y por la élite. Recordemos la importancia que tuvieron para la comunicación y la difusión de determinados principios vitales y religiosos la pintura y la escultura de las iglesias y claustros medievales. Este lenguaje de símbolos se encuentra extendido por toda la América prehispánica y algunos parecen ser universales, ya que con frecuencia se hallan repetidos en culturas de distante geografía.

Los animales más representados son el pelícano, la zarigüeya y el búho, aunque se encuentran también ranas, peces, culebras, lagartos, murciélagos... en alguna ocasión se encuentra también la llama (Fig. 1), animal cuyo habitat natural está en la sierra, por lo que en el área manteña sólo debió verse por circunstancias un tanto especiales. Tal vez fue el resultado de algún viaje del ceamista a las tierras altas, o algún comerciante la llevaría consigo hasta su pueblo costero. En cualquier caso los torteros ofrecen una completísima muestra de la fauna conocida en esta zona.

Los torteros con dibujos geométricos generalmente son de tamaño superior a los figurados y su uso habría sido el normal para estos objetos. Sin embargo, algunos tienen connotaciones simbólicas evidentes y son también de pequeñas proporciones. En este caso se situarían las estilizaciones de las olas (Fig. 2) y la línea quebrada, abstracción de la serpiente, que a su vez es el símbolo lunar terrestre y está relacionada con los ritos propiciatorios de la fertilidad.

La representación del búho es muy abundante y muestra gran variedad de formas. En la costa se le considera símbolo de la muerte y en numerosas ocasiones lo encontramos como ofrenda funeraria. Es frecuente un diseño frontal, con las alas extendidas, ligeramente separadas del cuerpo y decoradas con incisiones circulares alineadas a lo largo de las mismas (Fig. 3). Otras veces tiene la cabeza de frente y el cuerpo de perfil, con grandes ojos redondos y pico solamente señalado, de un tamaño minúsculo (Fig. 4). Algún diseño presenta las plumas alborotadas alrededor de la cabeza, lo que le confiere un aspecto entre pícaro y terrible (Fig. 5).

Hay otro diseño que se viene identificando habitualmente con la cabeza de un búho. Se trata de una cabeza representada frontalmente, de contorno elipsoidal, una ligera hendidura en la parte central superior y un aire ausente, vacío (Fig. 6). Creo que se trata de cabezas-trofeo, elemento ritual que se encuentra repetidamente en el área andina ya desde el primer Formativo. Algunas de ellas tienen una gran boca zigzagueante, como cosida, que salvando las diferencias espacio-temporales podríamos asimilar a las tsantsas shuaras. Las especiales características míticas y religiosas que las rodean nos son bien conocidas gracias a la etnología contemporánea. Wilbert hace notar la posibilidad de que se trate de cabezas-trofeo, a pesar de que "en algunos casos

son incuestionablemente búhos, pero en otros parecen calaveras humanas" (Wilbert, 1974: 37).

También es posible que la representación de grandes ojos redondos con las cuencas vacías tenga alguna relación con las máscaras funerarias. Sabemos por evidencias arqueológicas que los manteños las utilizaban y unos siglos antes, en La Tolita, se representaban en cerámica bajo unos cánones muy parecidos. En este caso hay trabajos que diferencian perfectamente las máscaras de las cabezas-trofeo (Capua: pp. 74-93).

Seguramente a causa de su gran abundancia en la zona, el pelícano se convirtió en un ente protector de los quehaceres domésticos. Se le encuentra profusamente representado en utensilios cerámicos de todo tipo. Bushnell cree que fue el animal totémico más común en la costa septentrional durante la época manteña (Bushnell, 1951: 136) y Estrada que representó conceptos religiosos básicos entre los huancavilas y los manteños (Estrada, 1957: pg. 43). Por su parte, Wilbert dice del pelícano que es una criatura intermedia, firme en la tierra, dueña de un soberbio vuelo y excelente buceador. Domina sobre todo el espacio y el agua. Por la abundancia de sus representaciones lo asocia también al culto a la fertilidad (Wilbert, 1974: 47).

En los torteros se le concibe desde una manera absolutamente naturalista hasta diseños sumamente estilizados, que en ocasiones lo convierten casi en una abstracción (Fig. 7). Se le reconoce como un polluelo de formas redondeadas y aspecto desvalido (Fig. 8), o como animal adulto, de cuello orgullosamente ladeado y alas poderosas. En otras ocasiones aparece como máscara o disfraz de personajes humanos, encontrándose así de manera evidente en el mundo ritual.

La zarigüeya (opossum) destacó por sus peculiares características que la diferencian enormemente de los otros animales que pueblan esta geografía. Se trata de un pequeño marsupial americano que se ha adaptado y sobrevivido a numerosos cambios. Su representación en torteros es muy abundante y se le identifica fácilmente por sus orejas triangulares, hocico levantado y cola prensil (Fig. 9).

La persona o grupo que adoptara la zarigüeya como ente protector lo haría movido por su condición de ser único e inconfundible. Por otro lado, la manera de proteger y alimentar a las crías desde su nacimiento hasta que puedan valerse por sí mismas, sería un modelo ejemplar de la madre naturaleza y de sus infinitas formas de proporcionar y mantener la vida.

Entre los manteños también encontramos la representación del jaguar, animal mítico por excelencia en toda la América prehispánica. En los torteros se relaciona con sacerdotes o guerreros que se cubren con su piel (Fig. 10). El rostro del felino, de colmillos evidentes y aspecto agresivo, cubre el rostro del hombre como una máscara, le transforma y le comunica fuerza y agilidad. Le transmite en definitiva, el poder que le permitirá dominar a sus semejantes. La piel del cuerpo cuelga suelta por la espalda del personaje y recuerda de alguna manera la representación del segundo-yo, repetidamente unida al feli-

no desde los más remotos orígenes de su culto, tal vez iniciado en Chavín. Su importancia se hace evidente a través de los siglos: Paracas, Nasca, La Tolita... si salimos del área andina encontramos la representación del felino desde el Formativo o pre-clásico, entre los olmecas, hasta la época de contacto con los españoles entre los mismos aztecas y, como en el cono sur, asociado frecuentemente a la serpiente: la unión del poder con la fertilidad.

Además de las divinidades reconocidas por toda la población, cada ayllú tenía su ente protector, un totem ancestral que daba al grupo que se reunía a su alrededor características peculiares que lo diferenciaban de sus vecinos (Reyes, 1950: 36). El totem era generalmente un animal de la zona y en ciertos casos podía también materializarse en piedras y árboles. Las diferentes profesiones tenían asimismo determinados protectores. Los pescadores, por ejemplo, estaban bajo el amparo de genios marinos específicos, entre los que sobresalía el tiburón. Pero también encontramos con frecuencia peces sin características concretas, reflejo simplemente de una riqueza ictiológica de clara importancia para la alimentación y la economía del grupo (Fig. 11).

En cada caso el artista dominó perfectamente todo cuanto se refiere a la expresividad y a la abstracción. Con un mínimo de trazos consiguió manifestar claramente las características de un ser determinado y comunicar el efecto deseado a quien lo contemplara. Los torteros reflejan la vida y las creencias religiosas de un pueblo y sus figuras consiguen a menudo una belleza plástica que los eleva a la categoría de arte en miniatura.

Los museos acostumbra a ensartarlos como cuentas de collar y el visitante pasa sin ver estas bolitas abundantes y opacas, atraído por la belleza de un incensario de color negro brillante, sostenido por un hombre de ojos vivos, nariz aguileña y cuerpo tatuado... o tal vez por la magnífica silla de piedra de grandes proporciones, cuya base escultórica representa un felino agazapado. Sin embargo, sucede que estas pequeñas piezas de cerámica tienen una vida inesperada, son testimonio de las creencias religiosas de un grupo humano, de su quehacer cotidiano, de la fauna de su área geográfica...].

Su problema es común. Todavía se relaciona muchas veces la calidad de una obra con el efecto visual inmediato que es capaz de producir, sobre todo cuando es algo asimilable al concepto de "primitivo"; en este caso se exige como compensación a la supuesta falta de evolución o perfección formal, la grandiosidad física. Este enfoque es muy acentuado en relación con los grupos prehispánicos, que desde el mismo momento en que entraron en contacto con los europeos han sido objeto de toda clase de especulaciones acerca de su riqueza: ciudades perdidas que brillan como plata, lugares remotos e inaccesibles donde escondieron sus tesoros de la codicia de los españoles, piedras preciosas de tamaño gigantesco en las que se materializaban sus dioses... Tantas esperanzas de gloria y poder como llevaron consigo los conquistadores pusieron los cimientos de innumerables leyendas, en ocasiones avaladas por circunstancias extraordinarias (Cortés, Pizarro...), pero que en su mayoría fueron delirios que impidieron conectar con la auténtica riqueza de estos pueblos. Como entonces, hoy lo cotidiano se nos sigue escapando de las manos.

ZONA MANTENO-HUANCAYILCA

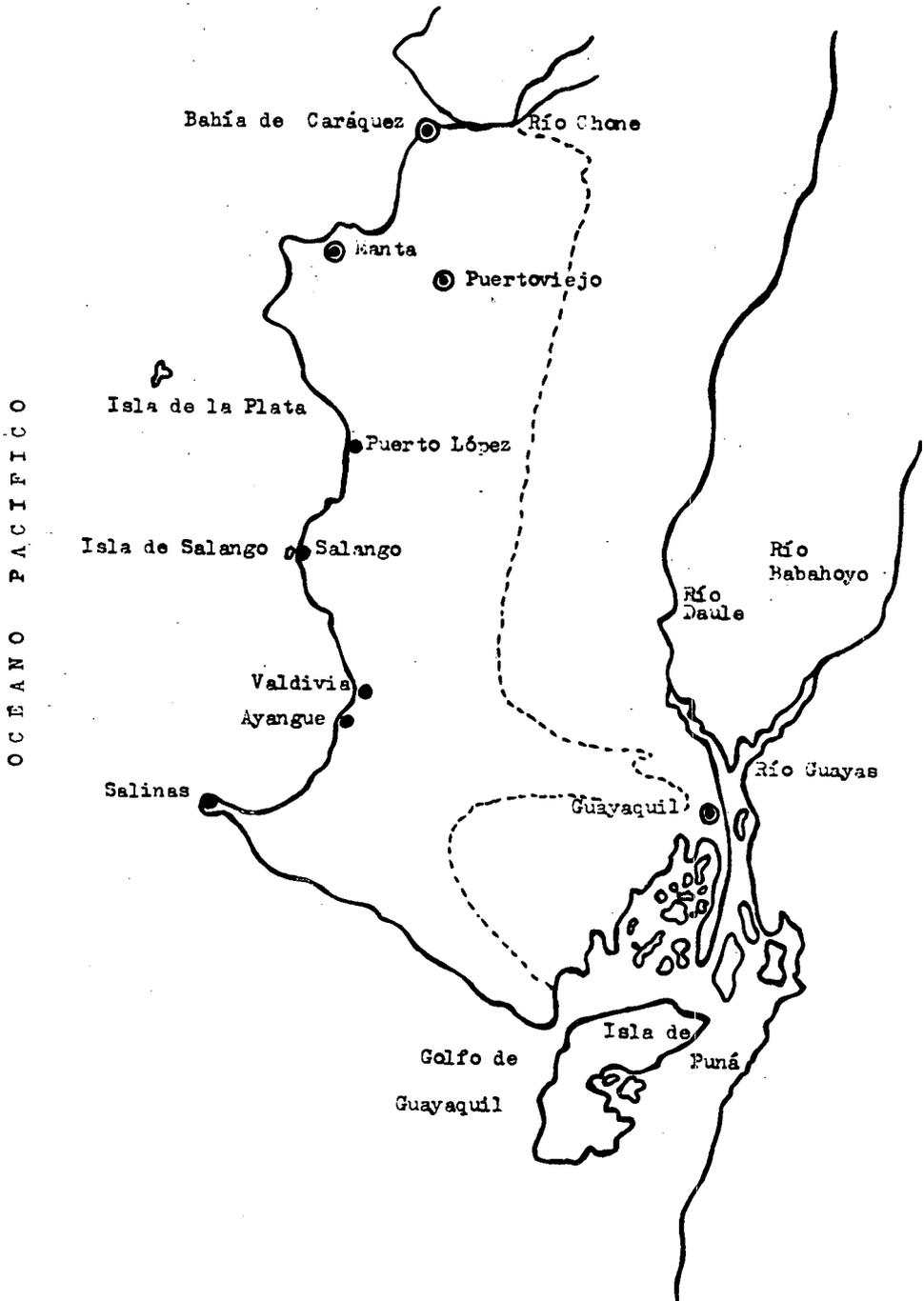




Fig. 1. Color: marrón. Forma cónica.
Alto: 10.6 mm. Ancho: 10.2 mm.

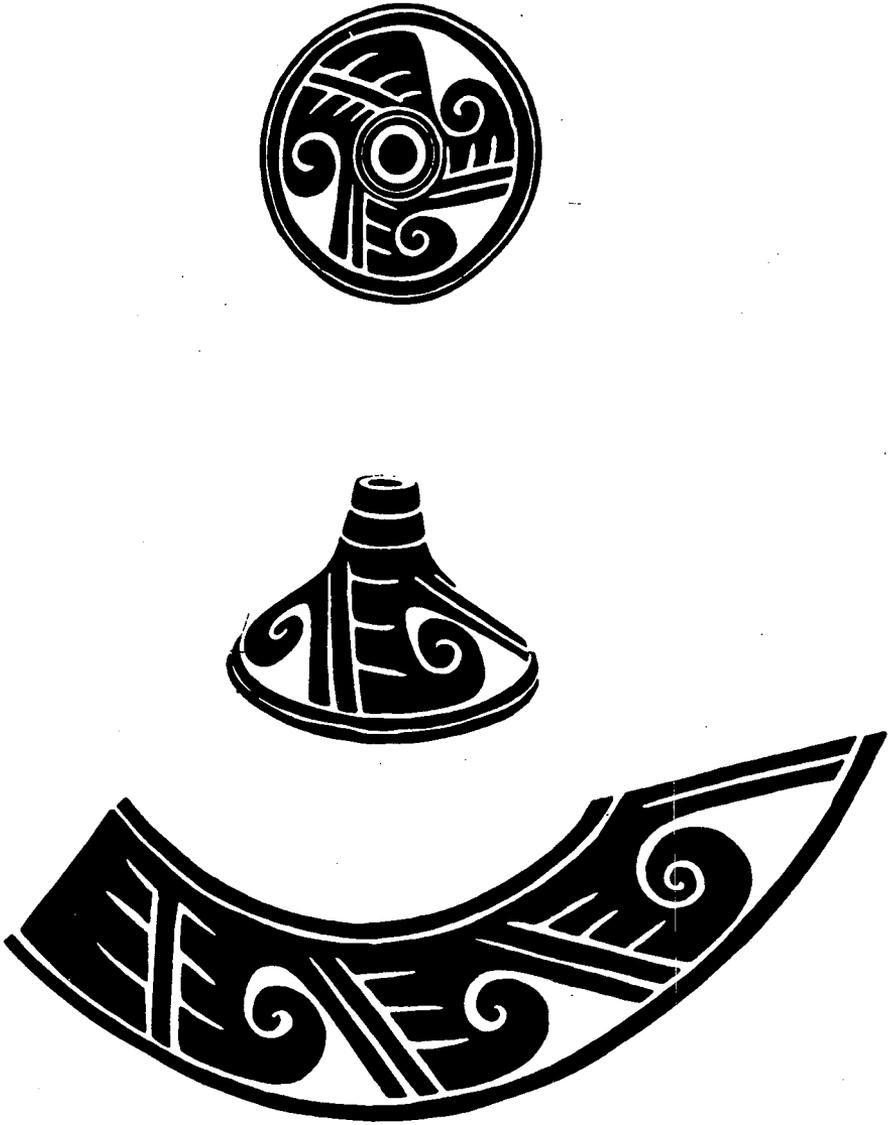


Fig. 2. Forma cónica-cóncava. Color negro.
Alto: 13.5 mm. Ancho: 18.6 mm. (Wilbert, 1974: 34)

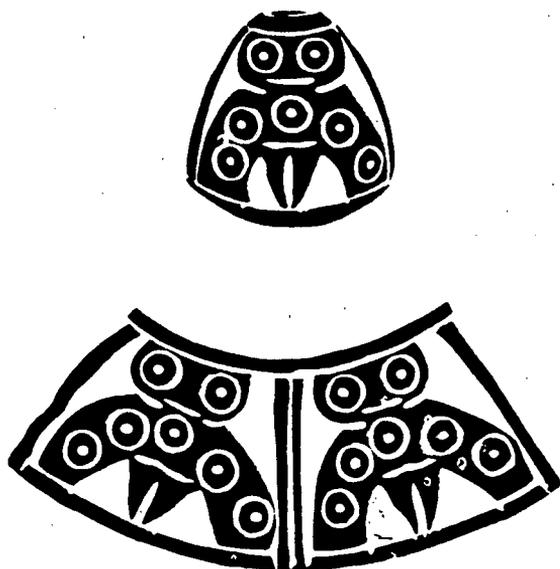


Fig. 3. Color negro. Forma cónica
Alto: 13 mm. Ancho: 13.7 mm. (Wilbert, 1974: 41)



Fig. 4. Color gris. Forma barril.
Alto: 12 mm. Ancho: 13 mm.



Fig. 5. Color gris. Forma cónica.
Alto: 12.1 mm. Ancho: 13.4 mm. (Wilbert, 1974: 40)

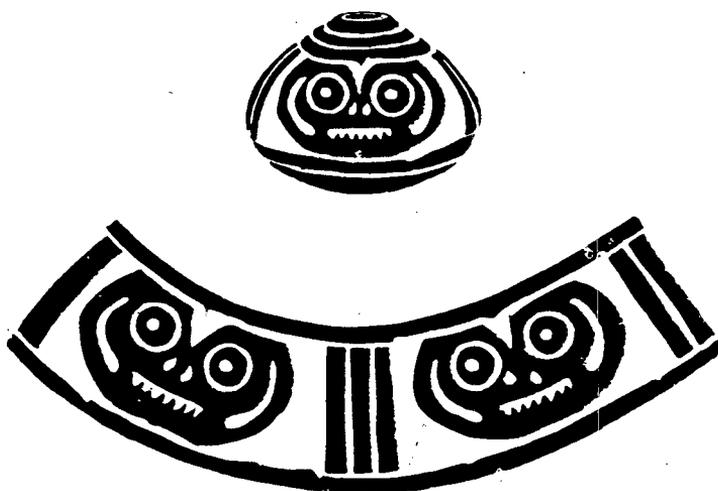


Fig. 6. Color, negro. Forma cónica.
Alto: 13.2 mm. Ancho: 16.1 mm. (Wilbert, 1974: 38)

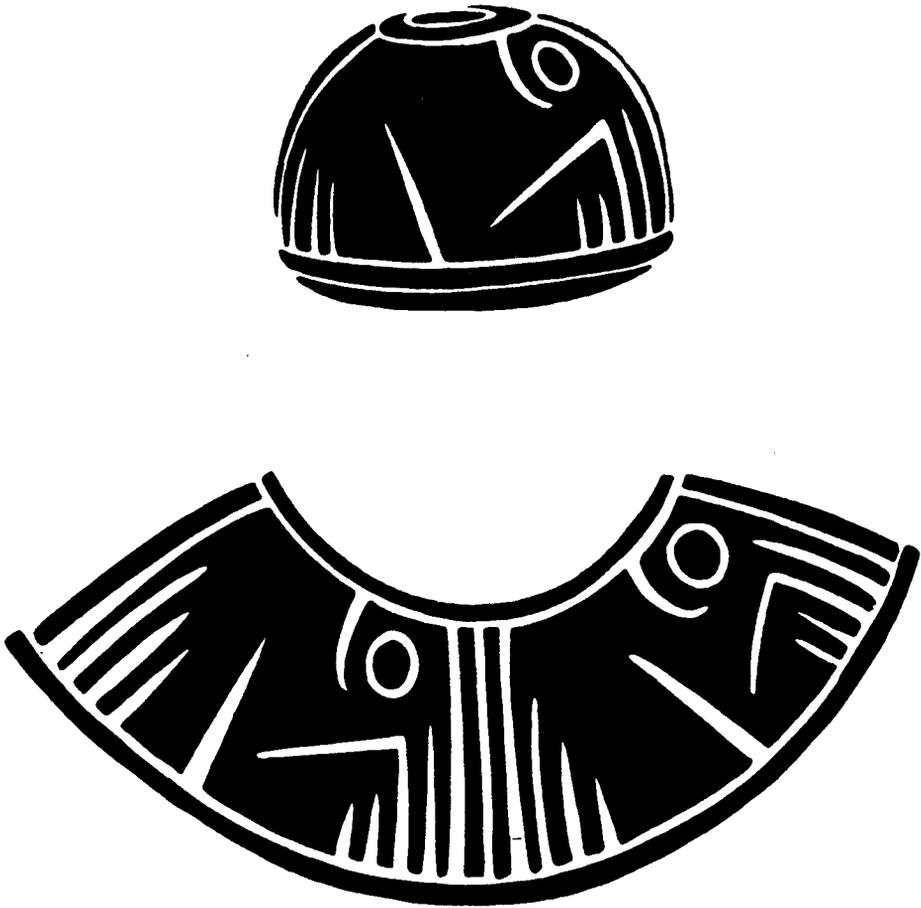


Fig. 7. Color: negro. Forma semiesférica.
Alto: 8.8 mm. Ancho: 11.7 mm. (Wilbert, 1974 : 53)

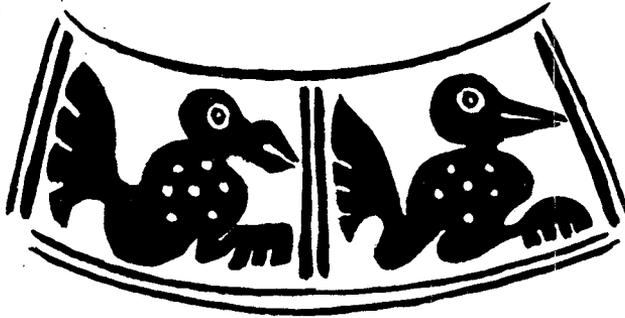


Fig. 8. Color negro. Forma cónica.
Alto: 12.8 mm. Ancho: 13 mm.



Fig. 9. Color marrón claro. Forma cónica.
Alto: 14.8 mm. Ancho: 14.5 mm.



Fig. 10. Color negro. Forma cónica.
Alto: 16.3 mm. Ancho: 14.2 mm.

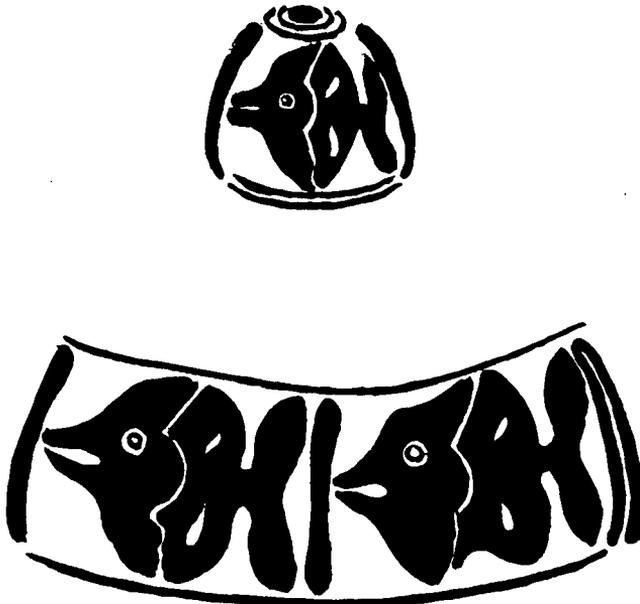


Fig. 11. Color negro. Forma cónica.
Alto: 11.7 mm. Ancho: 11 mm.

BIBLIOGRAFIA

BUSHNELL, G. H. S.

1951 The archaeology of the Santa Elena Peninsula in southwest Ecuador. Occasional Publications of the Cambridge University Museum of Archaeology and Ethnology. I. Cambridge University Press. Cambridge.

CAPUA, Constanza di

—?— Las cabezas-trofeo, un rasgo cultural de la cerámica de la Tolita y de Jama-Coaque. Sin Editorial. Sin lugar.

ESTRADA, Emilio

1957 Prehistoria de Manabí. Publicación del Museo Víctor Emilio Estrada, número 4. Guayaquil.

1962 Arqueología de Manabí Central. Publicaciones del Museo Víctor Emilio Estrada, número 7. Guayaquil.

JIJON Y CAAMAÑO, Jacinto

1952 Antropología prehispánica del Ecuador. Ed. Prensa Católica. Quito.

REYES, Oscar Efrén

1950 Breve historia general del Ecuador. Tomo I. Cuarta edición ampliada e ilustrada. Ed. Fray Ricke. Quito.

SAMANO-XEREZ

1527 Relación. Biblioteca Peruana, primera serie, tomo I, pp. 4-14. Editores Técnicos Asociados. Lima, 1968.

WILBERT, Johannes

1974 The thread of life. Symbolism of miniature art from Ecuador. Harvard University. Studies in the precolumbian Art and Archaeology; 12. Washington D. C.

WOLF, Teodoro

1892 Geograffa y geología del Ecuador. Leipzig.

DIBUJOS: Ramón Salvat Torné

FOTOGRAFÍAS de los dibujos de J. Wilbert: Joan Elías